

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

La Alianza matrimonial

El matrimonio es una Alianza de amor, sellada el día de las bodas. Lo es ya naturalmente por ser una comunidad de vida entre dos personas. Pero lo es también por ser sacramento. Y como tal es símbolo de una Alianza de amor entre Cristo y su Iglesia. Es lo que nos dice San Pablo (Ef 5, 22ss): Los esposos cristianos deben amarse como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella. Nos da a entender que el amor de ustedes no es solamente de ustedes sino que es un amor que trasciende lo humano. Y ustedes se convierten en sacramentos vivos del amor y la presencia de Dios.

El día de su casamiento, Cristo se acercó y tocó el amor de Uds. y lo cambió convirtiéndolo en signo y en presencia de su amor divino entre los hombres. El amor recibió la misión de ser signo y reflejo del amor de Dios. Casarse por la Iglesia, significa entonces prometer amar al cónyuge no según las ganas que uno sienta, sino tratar de amarlo con un amor como el que Cristo nos tiene a nosotros. Pero esta es una tarea muy difícil, un ideal sumamente elevado. A pesar de todo, tenemos que preguntarnos en qué medida estamos manifestando ese amor de Cristo en nuestra vida matrimonial.

En el sacramento del matrimonio, Cristo nos ofrece su fuerza para que podamos hacerlo. Porque si uno compara el propio amor con el amor del Señor, se siente terriblemente lejos. Pero Él está ahí, con la mano tendida y ofreciendo su fuerza de amor y de fidelidad, para que el amor de cada pareja se pueda asemejar al amor de Él.

Porque el día del matrimonio, Cristo se comprometió con Uds. Fue una Alianza no entre dos, sino entre tres. Ese día empezaron una aventura en una barca en la cual iban tres. Él se embarcó con Uds. para ir dándoles cada día esas fuerzas que necesitan.

Y no se trata de una ley impuesta a los esposos. Más bien traza el camino de la felicidad humana: revela que la relación conyugal y familiar es una fuente inagotable de creación y de gozo.

El matrimonio es un llamado a la santidad de a dos. La Iglesia en su mentalidad aún no ha cambiado su concepción de la vida conyugal como camino a la santidad. Estamos invitados a desarrollar una espiritualidad laical en el camino a la santidad en donde la vida conyugal, la sexualidad, el trabajo, la educación de los hijos tengan un lugar particular. El matrimonio es una escuela superior de amor y se debería dar como una sana competencia entre consagrados y casados de quien llega antes a la santidad y a la plenitud del amor. Todo en el matrimonio puede ser camino a la santidad.

El matrimonio es un sacramento de los laicos. Qué importante es esta afirmación para nuestra espiritualidad laical, ella quiere ser en primer lugar una espiritualidad matrimonial y familiar.

De lo dicho concluimos que el **diálogo** tendría que ser algo esencial para la vida matrimonial. Somos una comunidad y tendríamos que ser expertos en comunicarnos a nivel de sentimientos, a saber escucharnos y a estimularnos para que el otro crezca.

Porque todo amor auténtico quiere ser eterno, crea una fidelidad, exige un compromiso, aspira a un descubrimiento, pretende no terminar nunca, quiere crecer y desarrollarse sin fin.

Nadie que ame verdaderamente pone plazo. No existe un amor por cuotas o por tiempos. Y, por eso, tenemos que cultivar diariamente el amor, tenemos que renovarlo permanentemente.

Hoy para muchos jóvenes la fidelidad se les ha convertido como una realidad inalcanzable y cuestionan en su esencia la institución matrimonial. La fe en Jesucristo, en su gracia que nos santifica, es la fuerza que necesitan nuestros jóvenes y nuestros matrimonios en el camino hacia la santidad.